

DEDICATORIA

Esta breve publicación va dedicada a todos aquellos seres humanos que buscan algo mejor, algo superior; que lo anhelan, lo intuyen, pero ni siquiera se han dado cuenta de qué andan buscando.

Sólo sienten una molestia por todo y de todo: el trabajo, el estudio, el dinero, las posesiones, las personas, incluso los llamados amigos; ya todo eso les parece hueco, vano, aburrido, sin sentido, como al niño que, de pronto y sin saber cómo, se le acaba la ilusión de jugar con aquellos juguetes que tanto quiso.

¡Alégrate!

Estás arribando a un nivel de vida espiritual superior, como producto de la evolución que has alcanzado.

No te desesperes. Lo nuevo siempre nos atemoriza. Ten fe y descubrirás cosas sorprendentes.

Pero más que nada, tendrás esa paz y amor que no pueden conseguirte las riquezas.

Juan Esteban Fernández

PRESENTACIÓN

Nací hace casi 55 años en la ciudad de México, Distrito Federal, y ahí he vivido casi siempre.

He tenido dos grandes “crisis existenciales”.

A los 25 años de edad, el mundo se me vino encima por primera vez, con toda esa mezcolanza de conocimientos e ideas, propias y aprendidas, producto de la formación tan

variada y contradictoria que recibí.

Al principio fue la formación religiosa católica, a ultranza, que, cuando menos en la escuela a que asistí, no podía haber más que de una “sopa”.

Luego fue una liberación llegara la preparatoria y universidad “liberales”, en donde tuve que aprender a mirar el mundo desde otra perspectiva, bastante infectada de teorías totalitarias, en donde no había, casualmente, más que una “sopa”, la cual no era óbice para presumir de “democráticos”. Por si eso fuera poco, se me ocurrió entrar al periodismo diario, en un momento en que la corrupción, el cinismo, el escepticismo y la falta de integridad moral estaban en su apogeo en ese medio.

Así que, con todos esos elementos y antecedentes, imagínense la “ensalada intelectual” que traía dentro; había momentos en que no sabía si iba o venía, de ((?) o a, algún lado. Naturalmente cometí excesos, porque supuse que así se calmaría mi frustración y desesperación por no saber cómo orientar mi vida, desde el punto de vista filosófico-religioso, dado que a esas alturas me costaba trabajo creer en alguien o en algo.

No dejaba de buscar en la literatura alguna inspiración, hasta que, inopinadamente, me encontré la obra de Miguel de Unamuno, cuyos dos textos: “La crisis del cristianismo”, y sobre todo “Del sentimiento trágico de la vida”, fueron para mí oasis espiritual en que descansé muchos años.

De Unamuno aprendí dos cosas: la primera, que el hombre “de carne y hueso”, como le gustaba decir, sólo tenía la SINCERIDAD CONSIGO MISMO, de ser como es; es decir, el hombre debía ser congruente con su sentir y su actuar. Hoy le llamo “vivir en conciencia”. De otro modo sería un perfecto hipócrita. Pero se necesita mucho valor para saber defender esos principios; es una lucha que puede costar hasta la vida, pero es lo único que podemos hacer para llegar a Dios.

Finalmente, ese valor le costó la reclusión los últimos días de su vida.

La otra fue que el hombre, con mucha facilidad se deja manejar por los demás, sobre todo por las organizaciones, tanto económicas, como políticas, religiosas y sociales, dada su flojera de pensar y el miedo de aceptar el riesgo de su libertad y su congruencia consigo mismo. Unamuno también fue congruente en este sentido, pues lo mismo escribía a favor o en contra de personas o instituciones, “¿Por qué tratan de encasillarme? Yo soy yo y no me pertenezco más que a mí y a Dios”, decía. No en balde todas las instituciones poderosas en España hicieron un vacío alrededor de él, pero sus brillantes ejemplos de vida produjeron seguidores, como José Onega y Gasset, un discípulo, que según muchos, superó al maestro.

Sin embargo, Unamuno representa la razón que, utilizando la fe, trata de llegar a lo Divino, cosa totalmente imposible; de ahí su “sentimiento trágico de la vida”, al no poder comprobar plenamente sus conceptos filosóficos.

De todos modos, me quedó la tranquilidad de luchar por ser lo que soy, y defender la verdad en que he creído, lo cual, para variar, me ha costado no pocos problemas en la vida diaria.

La segunda “crisis existencial” me llegó casi al cumplir 40 años. Casualmente, los psicólogos la llaman así: “síndrome de los cuarenta”.

Recuerdo claramente que me dirigía al centro de la ciudad de México, para asistir a una reunión de trabajo en la empresa en que laboraba.

Mientras esperaba la luz verde del semáforo, se me vino a la mente que acababa de estrenar coche del año. A velocidad vertiginosa recordé que acababa de comprar un buen lote de ropa, en mi último viaje a la frontera con Estados Unidos. Luego recordé que mi primera hija acababa de nacer; que

vivía plenamente feliz con mi segunda esposa, en un departamento de muy buena presentación, como era de esperarse en un ejecutivo de mi nivel. En fin, todo era felicidad para Juan Esteban y familia.

De pronto, un pequeño “escozor” intelectual me empezó a molestar: ¿a qué “felicidad” me estaba refiriendo?

—Pues a ésa, a la que siempre nos dijeron nuestros mayores: “Si estudias, trabajas y eres “bueno”, conseguirás un buen empleo, una buena esposa; tendrás tu casa, coche, comodidades, televisión, licuadora y todo eso que se dio en llamar “Americano wad of life”. Como resultado de todo eso serás apreciado y querido por todos y, ¡zas! teóricamente serás feliz.

Pero... ¿Por qué no era yo feliz realmente?.

Algo se desmoronó dentro de mí. Esa “felicidad” era como un “laberinto de espejos “ que no conducía a ningún lado. Sentía una exigencia inaplazable de buscar otros caminos y otras cosas que pudieran realmente satisfacerme.

Dicho “síndrome” se presenta en esta segunda mitad del siglo XX, a quienes su situación, aparentemente exitosa, ya no les dice nada. Es desconcertante porque se sienten unas ansias de liberación y de romper con lo establecido, que muchos ejecutivos destruyen sus carreras por el alcoholismo; por dedicarse a la persecución de muchachas jóvenes. Se divorcian; se vuelven a casar; se involucran en negocios peligrosos, o que, aunque no ganen mucho dinero, les permite una mayor “realización “.

Pero esto es muy duro de vivir, porque si no se tiene algo superior en qué confiar, puede perderse el rumbo definitivamente, al no saber exactamente qué quiere o a dónde va, y caer en la “nada negativa” de Jean Paul Sartre, que por descubrir la “náusea “ y el “absurdo existencial” no pudo

superarla y terminó sus días suicidándose en alcohol, al igual que Albert Camus y otros seguidores de esa corriente filosófica.

De la lectura de Unamuno, me quedó la certeza, como un principio de “intuición”, de que solamente alguien a quien se le hicieran nuevas Revelaciones, podría sacarnos del “tío vivo” (como los “caballitos” de la feria) en que nos había montado la razón, pues no estábamos más que dando vueltas al mismo lugar; porque la razón, en este aspecto, no puede dar más de sí, ya que definitivamente no le es posible ascenderá lo Divino. Es lo Divino lo que tiene que descender para darse a conocer, según han podido comprobarlo los místicos de todas las religiones.

Así que una noche de insomnio, después de varios meses de luchar, y desesperado porque habíamos perdido todo el patrimonio familiar y no tenía la más remota idea de qué hacer o dónde ir, sintiéndome derrotado y humillado, llorando supliqué al Señor que tomara El las riendas de mi vida, porque ya no sabía “nada de nada”.

Desde esa noche esperaba con los “ojos del alma “ bien abiertos a que se produjera “eso “ que sería el final de tal zozobra. Y un día apareció mi hermana Concepción con el “fascículo “ escrito por José Barriuso, llamado “Sal de ella, pueblo mío “. Leerlo y sentir con todas las fibras de mi ser que el momento había llegado, fue todo uno. Era la presentación de los libros de un “Mensaje” transmitido por una mujer venezolana, de nombre Josefina, y su significación en el mundo actual, para todos aquellos que estábamos esperando algo.

De entonces para acá, la vida de mi familia ha sufrido grandes cambios, en los que podemos sentir cómo somos llevados de la mano, para recorrer el camino de regreso a casa, la casa del Padre, que es hacia dónde nos conduce esta

gran experiencia, la “más grande aventura” que podría vivir el hombre actual, según gustaba de expresar J. R. Guillént Pérez.

En la actualidad, no tenemos nada, pero nada nos falta; vivimos un perpetuo milagro, pensando sólo en el presente. El temor sólo nos afecta, cuando dejamos de vivir la fe.

El Mensaje lo enfrenta a uno, con uno mismo, crudamente, sin paliativos. Sólo así reconocemos nuestra indignidad e incapacidad de ser mejores; pero como nos sabemos “hijos del Amor”, con esa gracia nos basta.

COMO ES JOSEFINA

Basta leer los libros escritos por Josefina, “la Mensajera”, para darse cuenta de que, efectivamente, algo grande se dio en ella. Los conceptos, los descubrimientos; la manera de expresarlos, la pureza del lenguaje y el estilo, desprovisto de adornos innecesarios, nos hace sentir que todo eso no pudo salir de ella, por propio esfuerzo. Y más si nos enteramos de que su escolaridad no rebasa el segundo año de la escuela primaria.

Esa es una clave principal del asunto, porque los grandes conocimientos le son dados al hombre. Así como al leer a Krishnamurti, otro en quien se dio en este siglo esa “iluminación”, se puede comprender que el hombre sólo acumula en su memoria pensamientos que le son dados, y a esto se le llama “sabiduría”. cultura, erudición, etc. Pero la verdadera “inspiración o intuición”, sólo puede llegarle de afuera.

Esto siempre ha desconcertado a quienes se sienten “mere-

cedores” de grandes descubrimientos, pues la soberbia de creerse algo o alguien, pronto es fustigada por alguna persona que, sin tener nada, le es dado alcanzar cimas definitivas en la historia humana.

Ahí tenemos a Francisco de Asís, quien ni siquiera fue sacerdote, ni estudió para religioso; el mismo Krishnamurti, que nunca perteneció a iglesia o religión alguna.

Otra clave fundamental es el ejemplo que da con su vida, quien transmite los conocimientos que le fueron dados. Quizás esto es lo más difícil de todo, porque todos somos muy buenos para “predicar y aconsejar” a los demás, pero no para practicar en nosotros mismos.

Así, después de algunos años de estudio de el “*Mensaje*”, finalmente llegó el momento de viajar con toda la familia, para conocer y conversar personalmente con Josefina, en la Colectividad que habita en la granja llamada “Los Peregrinos”, cerca de Caracas, Venezuela, en donde vive rodeada por un grupo de personas deseosas de poner en práctica este nuevo tipo de vida, basado en la conciencia y el amor.

Si uno se la encontrara en la calle posiblemente ni siquiera notaría la presencia de Josefina. Es una mujer de mediana estatura, robusta, de cara redonda, peinada eternamente con el cabello recogido en un “chongo”, en la parte de atrás de la cabeza. Viste casi siempre de blanco.

A veces usa lentes, que resaltan de una manera especial sus ojos, pues por su mirada se perciben las grandes cosas que le han sido dadas y que trae dentro de sí. Decía Rafaelle Angelisanti que los ojos de Josefina, su expresión tan especial, habían sido para él definitivos al conocer el “*Mensaje*”.

No tiene aureola; no camina flotando a treinta centímetro del suelo, ni se la pasa hincada, o en posición “de loto”, rezando todo el día, según gustan de describirnos los libros que hablan de personajes similares.

Cuando conversa, lo hace en forma jovial, alegre, sin afectación, con un gran sentido del humor; si se trata de algo importante, espera unos segundos hasta tener la expresión adecuada para transmitir lo que se le dio.

No trata de convencer a nadie. No busca prosélitos. No está condicionada por nada ni por nadie. No pertenece a institución alguna, lo cual garantiza ampliamente su plena libertad, independencia y falta de interés por crear instituciones.

Pero también sabe ser estricta, para exigir la fidelidad a la conciencia. Respeta plenamente la libertad de cada uno, pero por la incapacidad nuestra, fácilmente buscamos excusas para no cumplir. Y ahí es donde aparece la disciplina.

A veces parece desesperarse con nosotros, pero ella no se enoja interiormente, no se desarmoniza, aunque exprese duramente las cosas que no le parecen. Sus regaños transpiran Amor.

Y es que ella representa el Amor. Es la Madre cariñosa que reúne a sus hijos, poco a poco, uno a uno, cual es el significado de “América”, para guiarlos de regreso al hogar.

Juan Esteban Fernández

agosto, 1991

(pp.1-12)